



CAPÍTULO NOVENO

MAGDA era una mujer excelente. Trataba á Bartek con dureza, pero le amaba de veras. En momentos de enojo llamábale estúpido, y sin embargo deseaba que nadie la creyera. Solía repetir á cuantos conocían á Bartek:

—Bartek parece estúpido, pero en realidad es muy hábil.

Y esta habilidad era relativa: Magda llevaba el peso de la casa.

Una semana había transcurrido de su primera visita á la prisión, cuando volvió á ella alegre y feliz.

—¿Bartek cómo sigues? gritó con entusiasmo al entrar. ¿Sabes que Oscar Yarzinski ha llegado? Le acompaña su joven esposa, que es una perla, una perla. Y es riquísima.

—Bien ¿y qué?

—¡Hombre! Espera, imbécil, contestó Magda; espera y oye. Fui á dar la bienvenida á Oscar Yarzinski y la vi. Salió á mi encuentro respirando juventud, majestuosa como una reina, bella, sonriente como la aurora. Vestía magnífico traje azul. Caí á sus piés y ella me alargó sus manos. Y ¡sí! las estreché contra mis labios, le besé aquellas manos finísimas, pequeñas como las de un niño. Me parecía una santa. Es buena y siente los padecimientos del pueblo. Le pedí que nos salvara, que Dios se lo premiaria.

Ella me contestó:

—Haré cuanto pueda en vuestro favor.

¡Qué hermosa voz la suya! Le expliqué que en Poguembin los alemanes nos hacen víctimas de innumerables vejaciones, y me dijo:

—¡Ay! ¡no es sólo Poguembin el que padece!

Y empezó á llorar tan sin consuelo que vino su esposo y la colmó de caricias estrechando las finísimas mejillas de aquella mujer hermosísima con sus varoniles manos, y besándole los ojos cuajados de lágrimas:

¡los señores no son como nosotros! Ella preguntó á su esposo.

—¿Qué harás en favor de esta mujer?

Y él contestó:

—Cuanto tú quieras.

¡Que Dios bendiga á la buena señora! ¡que á ella y sus hijos les colme de salud!

Oscar me dijo:

—Habéis hecho mal, muy mal, poniendo vuestros escasos recursos en manos alemanas; pero quiero salvaros, y os daré el dinero necesario para pagar á Justo.

Próximas las elecciones, continuó, es deber de todos impedir que el pueblo vote por los alemanes. Os daré el dinero que debéis, y avergonzaré á Boege demostrando cuán inicuo es su proceder.

La noble dama extendió los brazos y rodeó el cuello de su esposo en señal de gratitud. Luego hablando de ti Yarzinski, dijo:

—Está muy débil. Escribiré: certificaré que la falta de salud le impide continuar en la prisión. Insistiré hasta lograr sea puesto en libertad provisional, y pediré que el resto de su condena le permitan cumplirlo el próximo invierno, pues se avecina la siega y puede ser útil á su pobre familia.

¿Vas comprendiendo? Ayer Yarzinski pasó el día en la ciudad, y hoy el doctor ha de visitarle y hablará de ti. El médico no

es alemán, y firmará el certificado. El próximo invierno entrarás otra vez en la cárcel como el rey en su alcázar. Te regalarán buen fuego y comida abundante. Y ahora, ó mejor dentro breves días, vendrás á casa y me ayudarás á trabajar. Pagaremos á Justo. Yarzinski presta sin interés. Y si cuando llegue Octubre no podemos volverle el dinero, acudiré á la señora. ¡Que Dios se lo pague! ¿Vas comprendiendo?

—¡Ah, sí! ¡Excelente mujer! contestó Bartek conmovido.

—Tú te echarás á sus piés, le dirás que nuestra gratitud será eterna. Y si Dios nos da buena cosecha, estamos salvos. ¿Ves de dónde viene la dicha? ¿Ves como no viene de alemanes? ¿Te dieron ni un céntimo por las batallas que ganaste? ¡El premio fué abrirte la cabeza á pedradas... y nada más! ¡Ah! ¡sí! tu caerás á los piés de esta noble señora.

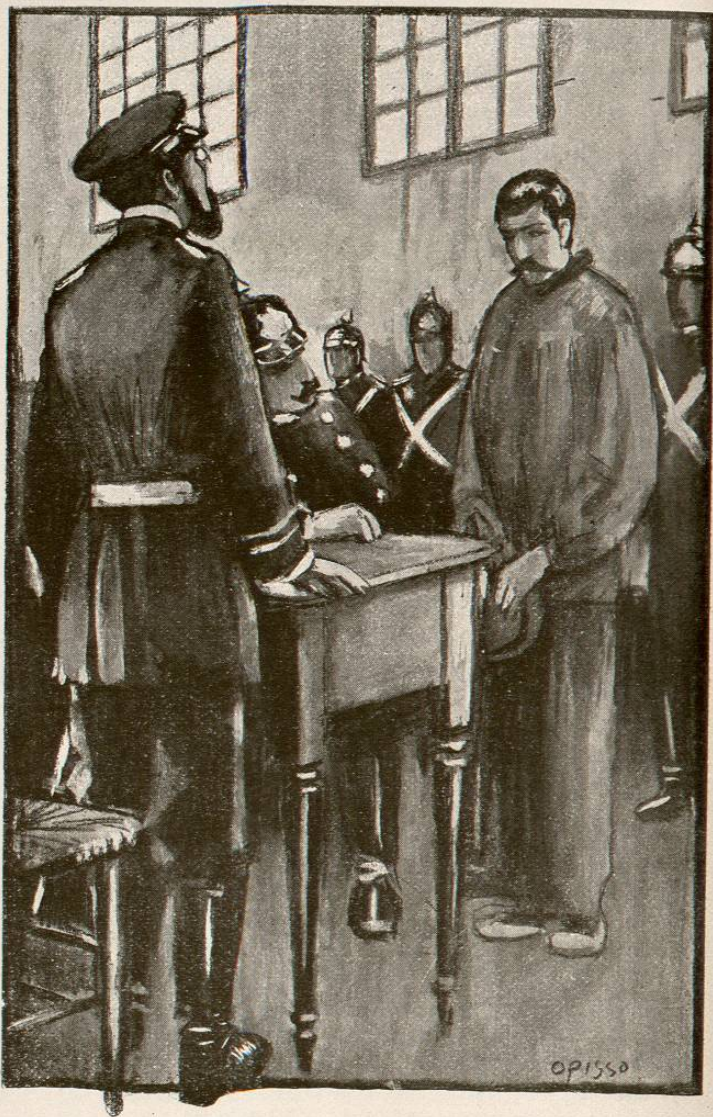
—Sí, sí; contestó Bartek.

Parecía que al fin la fortuna resolvía sonreír á Bartek el Victorioso. A los pocos días le anunciaron que en atención á su delicada salud quedaba libre hasta el próximo invierno.

Al salir, el *landrath* le mandó presentarse.

Bartek obedeció temblando.

Aquel hombre que atacando á la bayo-



En la sala había varios oficiales: al verlos Bartek sintióse dominado, esclavizado por la disciplina militar

neta tomó al enemigo banderas y cañones, temblaba á la sola vista de un uniforme militar. Odiaba á los alemanes, que eran sus enemigos, que sólo deseaban humillarlo y dañarlo. Y que podían hacerlo, que eran omnipotentes... ¡demasiado lo sabía!

Su actitud al presentarse ante el *landrath* era la misma que cuando compareció en presencia de Steinmetz: firme, rígido, reteniendo la anhelante respiración. En la sala había varios oficiales: al verlos Bartek sintióse dominado, esclavizado por la disciplina militar.

Los oficiales le miraban con desprecio á través de sus lentes de oro. El *landrath* hablaba con tono imperioso. No aconsejaba, mandaba, imponía su voluntad sin ni siquiera intentar persuadir.

Había fallecido en Berlín un individuo del Parlamento y debían celebrarse elecciones para elegir sucesor.

—¡Atrévete, estúpido polaco! ¡atrévete á votar por Oscar Yarzinski! ¡atrévete si puedes!

Y Bartek ni á respirar se atrevía.

A una señal del jefe repitió el reglamentario: *A la orden de V...*, dió media vuelta á la izquierda y salió. Entonces respiró libremente.

Tenía orden de votar á Schulberg de Upper-Kryvda. Sin perder tiempo y á paso

largo partió para Poguembin, pues iba á empezar el tiempo de la siega.

Abandonaba la cárcel y la ciudad. Era feliz.

Al dirigirse camino de su casa creía oír un canto que á los oídos del campesino es suave, agradable, encantador. Era el canto de las espigas, llenas y doradas, mecidas por la suave brisa de las mañanas de estío. Bartek estaba débil, pero aquel sol le daba vida nueva.

—¡Ah! pensaba el pobre soldado herido, ¡qué hermoso es el mundo!

¡Aquellos campos eran los añorados campos de Poguembin!



CAPÍTULO DÉCIMO

LAS elecciones! ¡Las elecciones!
Diríase que María Yarzinski tenía trastornada su hermosa cabeza. Sólo hablaba, sólo pensaba, sólo soñaba elecciones.

—Mi hermosa castellana sería un político excelente, decíale uno de sus nobles vecinos, besándole galantemente la mano.

La dama enrojeció como una cereza, y contestó con la más graciosa de sus sonrisas:

—¡Es verdad! Trabajo cuanto puedo.

—No dudo que Yarzinski será elegido: puede V. esperar tranquila.

—Lo deseo mucho. No por mi marido, sino porque redundará en bien de la causa que defendemos.

Siguieron hablando de la cuestión palpitante. A este noble amigo le estaba confiada la propaganda en la Kryvda baja y Miserow. La alta Kryvda estaba perdida, era de Schulberg en cuerpo y alma.

María trabaja personalmente Poguembin.

¡Y no perdía el tiempo! Diariamente se la veía por calles y caminos, recorrer campos, entrarse en casas, recogiendo graciosamente con una mano su holgada falda, y llevando en la otra la sombrilla abierta. Andaba ligera, incansable, defendiendo por todas partes su causa, que era la causa de los buenos polacos.

Habla á los campesinos, entra en las cabañas, pregunta solícita por el estado de los enfermos, se interesa por el bien de los obreros. Y el móvil de tan nobles acciones no es el deseo de sumar votos á su marido, sino la bondad de su corazón generoso.

Pero la política, las elecciones la entusiasman.

Al saber una mañana que había sido disuelto el Parlamento lloró de coraje. Al día siguiente en Poguembin se alteró el orden público; pero las dificultades no la arredraban; trabajaba con actividad siempre nueva.

Exasperada por estos acontecimientos iba de casa en casa, hablando con tanta claridad y tan públicamente contra los alemanes, que su marido creyó deber aconsejarle prudencia. Sin embargo, nada debía temer. El pueblo la acogía con amor, con cariñoso respeto; al verla corrían á besarle las manos y la colmaban de atenciones. ¡Era tan amable, tan buena y tan hermosa, que en cuantas casas visitaba dejaba recuerdo de felicidad!

Entróse también en la choza de Bartek.

—¡Oh mi santa señora, mi consuelo y mi dicha! exclamó al verla Magda, besando las manos de la hermosa dama.

Bartek, cumpliendo la orden de su mujer, se echó á los piés de la señora. Franck, admirado, quedóse en un rincón chupándose los dedos.

—Espero, Bartek, que votarás por mi esposo y no por Schulberg.

—¡Dios mío! exclamó Magda, ¿quién osará votar á Schulberg? ¡Es alemán, y de alemanes hasta el nombre me encoleriza!

—Mi marido me ha dicho que pagará á Justo lo que le debéis, añadió María.

—¡Que Dios les bendiga! y Magda dijo á Bartek:

—¿Por qué te callas?... ¡Siempre taciturno y silencioso! añadió dirigiéndose á María.

—¿Votarás por mi esposo, verdad? repi-